

ensartadas en el hilo entre las otras, volvía á desfilar, pero á la inversa: de la zona de la luz, medio á obscuras ya, á las profundidades más sombrías del cerebro. Pasó el último fantasma al extinguirse el último destello de la luz; acabaron de cerrarse los párpados entreabiertos; cayó sobre la almohada el perfil de la linda cabeza, y se quedó Nieves dulce y profundamente dormida.



## XIII

## LAS PRIMERAS SEMANAS

**D**ESPUÉS de haberla temido tanto Nieves, le resultó hasta entretenida la tarea de pagar las visitas que debía entre las recibidas de los villavejanos en Pelechés; porque, bien mirado el asunto, tenía su lado original y pintoresco; y ella, al fin y al cabo, era algo artista y muy observadora.

Sorprendió á Rufita González en enaguas y en pernetas, huyendo por el pasillo al conocer la voz de los que la llamaban, después que su madre les había abierto la puerta. Tuvieron que esperarla un buen rato en la sala, que era pequeñita, como toda la casa desde el portal, y vieja, por supuesto, con puertas acuarternadas, cerraduras y pestillos enormes, y vidrios muy chiquitines, donde los había. Se llenaba la salita, que no estaba sucia propiamente, con cinco sillas y un sofá de paja; una

consola con su espejito encima, dos floreros y el retrato de Nacho, de la misma edición que el que tenía Nieves; un veladorcito en el centro con tapete de *crochet*; seis litografías con marco enchapado de caoba, en las paredes, y tres felpudos de colores en el suelo. Nada de cielorraso. En Villavieja apenas se conocía ese lujo ni aun en las casas más pudientes: el maderaje descubierto, con un par de lechadas ó dos manos de una tierra amarilla que abundaba en un covachón de la sierra.

La vivienda de las Escribanas era mucho mayor y hasta mucho más vieja. Se entraba por un portal obscuro, con gallinero y todos sus accesorios y *consecuencias*. La escalera tenía dos tramos solos: el primero y más corto, de asperón desgastado por el uso; el segundo, que descargaba en el piso, de tablones de encina, negros y revirados ya de puro viejos. La sala de recibir era ancha y larga, pero baja de techo, y éste embadurnado de amarillo. Tenía dos alcobas y un gabinete; las puertas, macizas también y de abultado herraje; y como allí «se daban» reuniones, abundaban las sillas más que en casa de Rufita González, y aún había algunas de tapicería de lana; las alfombras eran de fieltro; se contaban hasta cuatro rinconeras con baratijas del bazar de Periquet, y sobre la consola, amén de los clásicos floreros con fanal

y un relojillo de bronce que no andaba años hacía, más baratijas valencianas y muchos cacaroles y cascaritas de la playa. Debajo de la consola una guitarra, á cuyos sonos, arrancados por las uñas de la Escribana mayor ó de dos «chicos» que alternaban con ella en las noches de reunión, se bailaba; mucho lazo de colores y sendas tiras moldeadas, de latón amarillo, en los cortinajes de las alcobas; las historias, en litografías iluminadas, de *Moisés* y de *Ricardo en Palestina*, con marcos revestidos de papel dorado; los indispensables tapetes de gancho en los veladores del gabinete y de la sala, y hasta tres escupideras de caoba, con serrín sobre papel blanco, distribuídas en ambas piezas. Bastante aseo en todo lo que estaba á la vista, y mucho ruido *adentro*, como de metralla de vasar y cánticos en falsete arriba, y abajo el incesante cacarear del averío.

La morada de don Eusebio Codillo: en la Plaza Mayor, con el retrato del monarca reinante (porque era él, Codillo, del Ayuntamiento) en el testero de la sala, grande, vieja y sin cielorraso también, con muchas sillas, dos sofás, dos consolas, cuatro floreros, seis alfombritas, casi, casi de verdad, y mucho monigote valenciano por todas partes; un piano resobado, punto más que clavicordio, á juzgar por su vitola humilde y anticuada; guirnaldas y

ramilletes de flores contrahechas en paredes, mesas y veladores... y mucho gato, vivo y efectivo, de todos pelos y tamaños, entrando y saliendo paso á paso, con el rabo en alto y muy derecho, enratonados unos, zalamerillos otros, y todos muy sobones y entrometidos.

Y así por este orden, alojadas todas las familias de igual pelaje, gato, perro, lorito, velador ó colgajo más ó menos.

En otra jerarquía más elevada, los Vélez en su caseretón de alta y ennegrecida fachada, llena de escudos mohosos y de balconajes oxidados, empotrada y reventándose entre otras dos que, por lo humildes y despatarradas, parecían estar sosteniéndola por obra caritativa; el portal, enorme, obscuro, lóbrego y con el suelo de adobes; la escalera, ancha, de zancas trémulas y peldaños jibosos; luego el vestíbulo, tan grande y tan sombrío como el portal, con gran banco de madera con escudo de armas tallado en el espaldar, arrimado á la pared debajo de un tapiz descolorido ya y hecho jirones; después el estrado, como cuatro vestíbulos de grande, con su tillo de anchas, abarquilladas y viejísimas tablas de castaño; su techo de viguetería descubierta de la misma madera y del propio color que el suelo; sus claros abiertos á la fachada, como tragaluces de mazmorra, por lo bajos y lo espesos; sus sillones de alto copete,

penetrados de la polilla; sus cornucopias desazogadas; sus alfombras raídas; sus retratos de familia pintados en lienzo, y su Ecce-Homo en cobre, borrosos y mordidos por la sarna de los tiempos; sus damascos lacios y descoloridos, sus dos consolas con columnitas de basa y capitel de metal dorado, sosteniendo los sempiternos candelabros de malaquita y bronce; y en fin, su péndulo asmático, de *carillón* que ya no funcionaba; y el estrado y el vestíbulo y la escalera y cuanto podían distinguir los ojos del profano visitante, todo á media luz, y limpio y reluciente y silencioso, inmóvil, frío y con el vaho de las criptas, como si allí no hubiera hogar ni se viviera.

Al revés de la otra casa, el alcázar de la otra dinastía de Villavieja: la mansión de los Carreños, la menos vieja de todas las de la villa, con su poco de color en la fachada, vidrieras de á cuatro cristales, un jardinillo en la trasera, suelos firmes y á nivel y techos de cielorraso; la chimenea ahumando casi siempre; mucho ruido de sartén y mucho tufo de cocina; mucho barullo en todo, y para todo poco aseo; los muebles casi amontonados en la sala; los colores crudos y chillones; mucha jaula con pájaros de mucha voz y grande y sucio comedero, como el mirlo y el malvís entre otros; palomar en la buhardilla y mastín suelto en

el portal; en fin, dinastía sin abolengo, plebeya, encumbrada por la fuerza del dinero y de la intriga en tiempos no lejanos.

Algunas familias de las visitadas, las que habían subido á Peleches á ofrecer de todo corazón sus respetos á los señores, los agasajaron en la visita con vinos dulces, bizcochetas y rosquillas, como era costumbre allí; y si no la siguieron las Escribanas y otras gentes tales en idéntica ocasión, fué porque no se les había hecho á ellas el mismo agasajo en Peleches. Puntillos de etiqueta entre *iguales*.

Por supuesto que las Escribanas la armaron también aquel día. Á media visita, la mayor de las tres, que, como se recordará, estaba algo picada por haber visto á Leto, tan desabrido con ella, despepitarse con Nieves, y además sabía lo del paseo marítimo y otra porción de cosas, ciertas ó soñadas, y era de suyo tan vehemente, cogiendo la ocasión por los cabellos, ¡zas! allá va una catilinaria sobre la falta de educación de «ciertos villavejanos que tenían en poco á las Santas del lugar, y luégo se desvivían por adorar al primer zancarrón que les traían de la Meca». Las otras Escribanas, conociendo á dónde iba el golpe, trataron de desviar la puntería con unas chanzonetas á su modo; pero la Escribana mayor no estaba jamás para bromas de sus hermanas, y en aquella

ocasión menos que nunca. Largó, pues, el saetazo de protesta; respondieron las otras con las respectivas puñaladas; comenzó á reír la madre sin ton ni son; entróle miedo á Nieves; miró á su padre que la comprendió en seguida; despidiéronse con la mayor prudencia posible, y sin saber, afortunadamente, de qué se trataba, salieron de la visita, oyendo desde el portal—no obstante la bataola de aletazos y cacareos del averío al dispersarse temeroso,—la que quedaba armada arriba entre las cuatro mujeres.

También Rufita González echó sus garbanitos fuera de la olla, disparándose sobre el tema de su «primo carnal» al enseñar á los de Peleches el gabinete que se le había dispuesto «en aquella pobreza», por si tenía á bien aceptarle cuando viniera, con el cariño con que había de serle ofrecido. De aquí pasó de un salto á los rumores públicos, á las bromas que á ella la daban amigos y conocidos, y á lo equivocados que andaban unos y otros en el supuesto. Fué largo el disparo y terminó de este modo.

—Lo que yo les digo: eso á los comparientes de Peleches, si acaso. Allí hay hermosura y elegancia y trigo por largo, ¡ja, ja, ja!... para tentar las codicias y los buenos gustos de un joven tan distinguido y tan hermoso como mi querido primo carnal... ¡Ja, ja, ja, jaaá!...

La canción aquélla, por repetida y chabaca-

na, puso colorada á Nieves y supo á rejalgar á su padre.

—¿Pero has notado qué tema el de esa chica?—dijole aquélla en cuanto pisaron los dos el suelo de la calle.—¿Por qué le tiene?

—Porque es una tarasca—respondió Bermúdez,—que se alampa por novio y quiere que le cuelguen ese.

—Y lo que supone de él... y de mí, ¿de dónde sale y por qué lo dice ella?

—Esas cosas se suponen siempre por el público entre primos como vosotros, ó las dan por supuestas y se las espetan á los interesados, con distintos fines, marimachos imprudentes como Rufita González.

Durante estas tareas, los de Peleches, antes de subir á casa, tomaban un respiro en la botica y echaban un párrafo con los boticarios sobre las gentes y las cosas recién vistas y pasadas.

—Enséñeme usted más acuarelas—decía á lo mejor Nieves á Leto,—ó más dibujos.

Y Leto la complacía de muy buena gana; y con motivo de los dibujos ó de las pinturas, otro párrafo mano á mano entre la sevillanita y el mozo farmacéutico, párrafo que á éste le sabía á gloria.

—Tiene usted que enseñarme—le dijo ella en una de estas ocasiones, á pintar estas man-

chas de árboles. Á mí no me salen más que emplastos, que lo mismo pueden ser peñascales que arboledas ó que nubes de granizo... Suba usted esta tarde, si no tiene mucho que hacer...

Y subió Leto por la tarde.

Otro día le dijo en la botica:

—He echado á perder aquello que dejó usted empezado para que yo lo continuara. Suba usted esta tarde para enmendarlo, si es que tiene enmienda.

Y subió Leto también.

En éstas y otras, se acabaron las visitas, y los señores de Peleches proclamaron la independencia del solar, con todos sus habitantes, usos y buenas costumbres.

Por remate del *acto*, dijo el padre á la hija:

—Hemos cumplido nuestro deber, no sólo como honrados, sino como héroes. Ahora, hija mía, buen corazón para todos y buena cara donde quiera que nos encontremos con ellos; pero nada más y como si no hubiera habitantes en Villavieja. Si ladran, que ladren; si muerden, que muerdan. ¡Viva la libertad con orden! como se gritaba en cierta ocasión, y á vivir á nuestro regaladísimo gusto, ¡canástoles! que para eso hemos venido aquí.

Desde aquél acuerdo solemne entró la vida de los Bermúdez en los ordenados términos de

los planes traídos de Sevilla en embrión. Puestos así en tela de juicio en Peleches, don Claudio Fuertes trazó las líneas generales del extenso programa, y el hijo del boticario, que fué llamado á aquel respetable consejo como elemento indispensable de acción y de inteligencia, completó la obra acomodándola en todo, por todo y para todo, á los deseos y á los gustos de Nieves.

Los días eran largos, el tiempo estaba á placer y Nieves en sus glorias madrugando mucho y acostándose tarde. Había, pues, tela abundante en qué cortar, y el buen humor, la salud y los recursos daban para todo: para el campo y para la mar; para lo de puertas afuera y para lo de puertas adentro; para la vida activa á la intemperie, y para la del arte y la de familia á la sombra de los viejos paredones de Peleches...

Con su tartana y sus rocines de alquiler, hizo un gran agosto en aquel mes de julio *Patafullera*, un mesonero cojo de la villa, que vivía de esas y otras industrias más ó menos honradas. Á estas expediciones en tartana, por el camino real unas veces, y las más de ellas á campo travieso, vega arriba, con el pretexto de haber feria en Rudaces, ó mercado en Soletos, ó romería en Campillos, concurría muy gustoso don Adrián.

Pero las excursiones que prefería Nieves eran

las que hacía á pie con su padre, Leto y don Claudio, muy de mañana ó á la caída de la tarde, trepando de breña en breña, de altura en altura, para admirar nuevos panoramas ó descubrir más vastos horizontes; ó descendiendo á las hondas y sombrías cañadas para acopiar el musgo aterciopelado y el finísimo helecho que andaban allí tirados por los suelos, y no había modo de que los produjera el de su tierra natal, con ser la «de María Santísima». Mucho le gustaban también estas expediciones á don Alejandro, pero no podía siempre con ellas; y en tales casos iba sola Nieves con sus amigos, que no se cansaban nunca y eran bien de fiar. Á Bermúdez no le importaba un rábano tragarse delante de don Claudio Fuertes cuantas bravatas había echado por la boca en cierta ocasión, á trueque de ver á su hija satisfecha.

Con estas recreaciones se entreveraban de vez en cuando las de paseo y pesca en el yacht; en las cuales, excusado es decirlo, no tomaba parte, ni de lejos, el de los llanos de Astorga; y aún el mismo Bermúdez la tomaba de muy mala gana; tanto, que un día declaró á Nieves que no podía más con aquello.

—No me mareo precisamente—la dijo,—y hasta *creo* que pescar es cosa divertida, y que dentro de la bahía no hay peligro ninguno en

el balandro; pero no me siento bien allí, ni... vamos, ni con toda la tranquilidad que se necesita para que el placer resulte...

—¡Ay, papá!—exclamó Nieves con la más honda pena.—¡Y á mí que me gusta tanto!

—Pues, hija mía, buen provecho—repuso don Alejandro:—mi gusto no perjudica al tuyo.

—¡Cómo que no?

—Como que no. Yo me quedo, y tú te vas...

—Pero ¿estará bien eso, papá?

—Y ¿por qué no ha de estarlo, canástoles? Leto y Cornias bien de fiar son en todos sentidos. ¿No te parece?

—Á mí sí... Pero pudiera chocar...

—Pues, hombre, ¿estaría bien que hubiéramos venido á Peleches para eso! ¡Bah, bah, bah! Y, por último, ¿no vas por tierra, sin que choque, con Leto y con don Claudio? Pues vas embarcada con Leto y Cornias; y pata.

La cuenta no fallaba así; y ateniéndose á ella, fué Nieves en el balandro más de una vez sin que la acompañara su padre.

Este género de vida duró dos semanas bien cumplidas; y al fin de ese tiempo cayeron la hija y el padre en que si ellos no habían venido de Sevilla con otro fin que divertirse, don Claudio Fuertes y el hijo del boticario estaban en muy distinto caso. Si no el primero, el se-

gundo, con toda seguridad, tendría obligaciones desatendidas; y no había que ser egoísta en los placeres. Bien que se contara siempre con los amigos; pero no para todo y á todas horas hasta mortificarlos.

En virtud de estas reflexiones, se suspendieron por unos días los paseos campestres y los marítimos; cesaron también las sesiones de dibujo y de pintura que solían tener los dos jóvenes para desarrollar apuntes del natural, tomados por Nieves bajo la dirección de Leto en sus excursiones por mar y por tierra, y únicamente quedó como estaba la tertulia del anochecer, á la cual concurría también el viejo boticario.

Á propósito de estas tertulias. En una de ellas, estando Leto de codos al balcón del saloncillo, mientras Nieves tocaba adentro una melodía de Schubert, se dejó llevar distraído de la impresión que le causaba siempre la buena música, y particularmente la que le era conocida, y acabó por seguir á media voz el canto de la melodía. Oyóle Nieves, empeñóse en que la voz era excelente; y de tal manera se empeñó y con tal arte se compuso y con tales esfuerzos la ayudaron en su deseo su padre y don Claudio Fuertes, que Leto cantó la melodía en el saloncillo acompañándole ella al piano.

Se apunta este dato como una de las más vi-

sibles pruebas de que no andaban muy acertados los señores de Peleches en el supuesto de que á Leto le mortificaba aquella vida en que le traían metido. Por el balcón abajo se hubiera tirado él dos semanas antes, primero que cantar delante de alma nacida lo que acababa de cantar en presencia de unas personas tan respetables como aquéllas. ¡Si estaría domesticado y le parecería el yugo blando y llevadero!

Hasta los mismos señores de Peleches, mal acostumbrados á la compañía continua de los amigos, se hallaron desorientados sin ella. Sustituyeron las largas excursiones con paseos *racionales*; y aun para éstos, por quererlos dar su hija muy de mañana, se halló perezoso el padre. Endosó á Catana el cargo de acompañar á «la niña» á aquellas horas; pero la rondeña, tras de ser muy mala andadora, gruñía más que andaba al lado de Nieves; y prefiriendo ésta ir sola á tan mal acompañada, redujose á dar así, es decir, sola, unas vueltas alrededor de la casa y por la Glorieta... hasta que poco á poco, hoy por este herbacho, mañana por aquella flor, otro día por el detalle de más allá, fué alargando el radio de sus paseos. Y como le dijo su padre entonces:

—Ó se está ó no se está en el campo; ó hay ó no hay libertad omnimoda en él; y, por último, por aquí no andan perros ni ganados ni

cosa alguna que temer, porque no es camino para ninguna parte del mundo.

Y así aprendió Nieves á andar sola por aquellas alturas, y á alargar los paseos tan descuidada y contenta, hasta cerca del pinar por una parte, y hasta el Miradorio y aun hasta el muelle por otra, con la sombrilla al hombro y el libro ó los avíos de dibujar en la mano, durante las primeras horas de la mañana.

No hay que decir lo que, por ley fisiológica, habían influido en el carácter de Leto las nuevas costumbres. No pasaba todavía el hijo del boticario de ser un tertuliano satisfecho y un amigo diligente y afectuoso de los señores de Bermúdez, para andar con ellos por los caminos trillados en que se le ponía *para que anduviera*; pero esto solo, que en absoluto parece tan poca cosa, en un hombre como él acusaba unas modificaciones internas de mucha hondura. Y no había más que verle para convencerse de ello: ya era otro hombre; vestía con más esmero que antes; miraba con más firmeza; andaba mejor; hablaba menos, pero más al caso... en fin, no era ya el muchachón aturdido y abandonado á sus rarezas, sino el mozo discreto y convencido de *algo*, con su poco de carácter y su sello de legítima personalidad. Todo esto le mejoraba y embellecía indudablemente, por lo que el viejo boticario

no se cansaba de mirarle ni cesaba de sorprenderse.

—Verdaderamente, Leto—le dijo en una ocasión,—que lo tenía yo pronosticado... porque aunque no he visto mucho, los años, ¡caray! son grandes maestros y enseñan de todo... eso es. Yo bien sabía que quien lo tiene es quien ha de darlo, ¡caray! y no otro alguno, sí, señor... Tú te empeñabas en que no había nada dentro de ti; yo en que sí lo había... como está la chispa en la piedra... justamente, eso es, como la chispa en la piedra: lo que faltaba era el eslabón de acero, el eslabón, ¡caray! que diera el golpe... Pues ya pareció el eslabón... se dió el golpe... sí, señor, sobre la piedra... eso es... y saltó la chispa... Porque la había, ¡caray! porque la piedra era de darlas... y yo me salí con mi empeño... La vida que aquí traías, no era mala verdaderamente, porque tú eres bueno por naturaleza; pero tampoco era envidiable, eso es, ni la más al caso para que un mozo de tus prendas las hiciera fructificar en lo que valen... Vinieron esos señores... nos honraron con su trato... eran, por suerte, el eslabón... la piedra chocó con él... y saltó la chispa, Leto... la que tú tenías allá... eso es. Ya eres otro; ya estás donde yo quería y esperaba verte... no tan pronto, es verdad, y esto es lo que me sorprende y maravilla; pero, al fin, estás... estás,

eso es; y puesto que estás, procura no perderlo adquirido: guárdalo, ¡caray! como un tesoro que es tuyo legítimamente, descubierto en tu propio terreno... Mañana ó el otro, esos señores se irán por donde han venido, y sería una triste gracia, Leto, que en cuanto se quitara el puntal se nos viniera la casa abajo... No, señor, ¡caray! no, señor. Los buenos hábitos que has adquirido y vas adquiriendo, debes conservarlos siempre... eso es; porque esos hábitos, según vayas entrando en la vida, te irán conquistando estimación y respeto. Por eso mismo representan un capital grandísimo, ¡caray! ¡Quién sabe, hijo mío, quién sabe cómo andarán las cosas del mundo en adelante, al paso que hoy vamos, y de dónde soplarán los vientos? Y en estas dudas, bien fundadas, Leto, bien fundadas... eso es... tener un rumbo bien marcado, una voluntad bien firme y un juicio como Dios manda, es estar fondeado en el puerto en medio de un temporal... Vive, vive agradecido á esos señores que tanto nos favorecen; cultiva su trato y sírvelos sin llegar á cansarlos ni á molestarlos en tanto así... ¡caray!... eso es; aprovecha sus lecciones, y vete, vete preparando debidamente la casa para cuando se vea sin puntal. Eso es...

No se sonrió Leto en aquella ocasión como en otras idénticas oyendo las especiales homi-

lías de su padre, acaso porque estaba distraído en otras meditaciones, ó quizá porque abundaba en las mismas ideas del predicador... Lo mejor fué para todos que, rebosándole al hijo de don Adrián los deseos de que estaba henchido, y siendo bien notorios también los de don Claudio, depusieron sus escrúpulos los Bermúdez, y volvió á restablecerse en Peleches la vida aventurera y divertida de las primeras semanas.



## XIV

## CRÓNICA DE UN DÍA

**E**RA de los últimos de julio, por más señas, y se había acordado comer en el pinar, en un sitio de mucha sombra, suelo alfombrado de oloroso y tupido césped, con fuente fresca y abundante, y, á muy corta distancia de ella, unos detalles muy pintorescos de rocas, jaramagos y troncos viejos que Nieves no había visto nunca y le había ponderado mucho Leto. Éste tenía varios apuntes de ello en su cartera, y se trataba de que Nieves tomara otros á su gusto. Con ese fin por pretexto, se dispuso la partida; y muy tempranito salieron de Peleches los cuatro expedicionarios: don Alejandro y su administrador, armados de sendas escopetas para tirar á las tórtolas que se les metieran por los cañones, y Nieves y Leto con los avíos de dibujar. Nieves, como casi siempre que iba de campo ó á la mar, llevaba el pelo recogido en una sola

trenza caída sobre la espalda, con un gran lazo en el extremo inferior; un sombrero de paja de anchas alas y cinta del color del lazo del pelo; un vestido liso y muy claro, guantes de seda, botinas de recia suela y sombrilla de largo palo. Leto, que no tenía mucho en qué escoger, vestía un terno de dril ceniciento, recién planchado; y con esto y unos borceguíes de becerro en blanco, un hongo claro y una corbatita de lunares bajo un cuello á la marinera, *componía* bastante bien al lado de la esbelta sevillanita. Llevaba en una mano la cartera de Nieves, y en la otra la tijerilla desarmada, de Nieves también. Él no necesitaba esos utensilios para sus trabajos de campo. Se construí el asiento con lo que hallaba á sus alcances, lo mismo una piedra que un tronco... ó el santo suelo en último caso.

Caminando los dos muy delante de los otros y á la mitad del recuesto para subir al pinar, se detuvo Nieves de pronto, se volvió rápida hacia atrás, paseó la mirada serena y honda por todo lo que se descubría desde allí, incluso el palación de Pelechés que descollaba en lo más alto, y preguntó en crudo á su acompañante, que también se había detenido y miraba cuanto miraba ella, y además, y muy particularmente, el modo tan suyo que tenía de mirar

—¿Qué es lo primero que usted siente en

cuanto sale al campo, en un día como el de hoy, espléndido de luz sin calor que sofoque ni viento que moleste, ni ruido de gente que le distraiga, y en que todo lo que se ve, el suelo, el árbol, la mata, el arroyo, hasta la peña desnuda, transciende á una misma cosa... como á tomillo y mejorana, ó algo así?

Muchas cosas sentía Leto en tales ocasiones; y por ser tantas y no atreverse á citar una sola y de repente, por miedo á que resultara una tontería, respondió á Nieves, después de pensarlo un poco:

—Y usted que me hace esa pregunta, ¿qué es lo que siente, si se puede saber?

—¡Yo lo creo que se puede saber!— respondió Nieves, volviéndose hacia el pinar y continuando la interrumpida ascensión.— Mire usted: lo primero que yo siento es un poco de envidia á los pintores, á los poetas y á los músicos buenos; porque ¡me entran unos deseos tan fortísimos de pintar, de describir y hasta de poner en música lo que voy viendo y oyendo! Para eso quisiera ser el mejor pintor y el mejor poeta y el mejor músico del mundo. ¿Le parece á usted mucho lo que envidio?

Leto se echó á reír; y como halló muy disculpables los deseos de Nieves, así se lo declaró, añadiéndola que á él le pasaba dos cuartos de lo mismo.

Un poco más adelante volvió á hablar la sevillanita, para decir á Leto, también en crudo, pero sin detenerse:

—Es una compasión que no sea usted tan aficionado á pintar al óleo como á la aguada.

—Ya le he dicho á usted en otra ocasión—respondió Leto,—que eso consiste en mi falta de paciencia: todo tiempo, por corto que sea, desde que concibo algo hasta que lo ejecuto, me parece una eternidad. No me entretiene, como á otros, el proceso de la obra puramente mecánica: por eso prefiero el lápiz á la misma acuarela: aunque sin el realce de color, me da primero que ella la expresión del pensamiento ó la imagen del natural.

—Es raro eso.

—Sí, señora; y por lo mismo la ruego á usted que lo tome como confesión de un pecado feo, y no como alarde de un modo de ver digno de imitarse... Ahora—añadió cambiando de tono y de rumbo,—para llegar primero donde vamos, echemos por este senderito de la derecha... También es un poco raro, ¿no es verdad? que en la propia hacienda de ustedes tenga yo que servirlos de guía... porque el señor don Alejandro no hace más que seguirnos los pasos... ¿ve usted?... y don Claudio Fuertes lo mismo... ¡Si lo tuvierán todo tan trillado con los pies como lo tengo yo!...

Otro ratito de andar en silencio, y otra pregunta en seco de Nieves:

—¿Conoce usted á Rufita González?

—¡Quién no la conoce en Villavieja?—contestó Leto.

—¡Qué bachillera, eh?

De buena gana hubiera confirmado Leto esta opinión con un ejemplo que se le vino á la punta de la lengua; pero considerando que podría mortificar con él á Nieves, si no mentían ciertos rumores y otras determinadas señales, se limitó á decir, marcando mucho el acento admirativo:

—¡Muy bachillera!...

—Siempre que habla conmigo—añadió Nieves,—quiere darme á entender que nuestro primo Nacho desea casarse con ella.

—¡Carape!—exclamó Leto para sus adentros;—pues ese era mi caso, y ahora resulta que le importa á ella menos que á mí.—Y en voz alta dijo:—Eso precisamente es lo que más la califica.

—Y ¿por qué no ha de ser cierto lo que afirma?—preguntóle Nieves vuelta un poquito hacia él y enviándole las palabras bajo los fuegos de una mirada firme y serena.

—Porque no puede ser—respondió Leto con su correspondiente serenidad;—porque no hay razón para que lo sea; y, en cambio, hay una de mucho peso para que resulte mentira.

Nieves no mostró el menor deseo de conocer aquella razón, y así quedó el asunto. Un poquito más allá, preguntó á Leto:

—Y á las Escribanas, ¿las conoce usted?

Con esta pregunta se quedó Leto bastante atarugado y algo encendido de mejillas: ¡le había dado tantas bromas el fiscal con la Escribana mayor! Pero se rehizo en seguida, y contestó á Nieves:

—Otras bachilleras por el estilo.

No coló el disimulo; porque Nieves, aunque no le miraba de frente, le pescó el fognazo en la cara y la sacudida que le había precedido.

—No lo decía por tanto—repuso á buena cuenta y por si había dado en blando la pregunta.

Un poco más adelante y bastante adentro ya del pinar, seguidos á corta distancia de los dos señores mayores, que se despistojaban mirando acá y allá por si se rebullía alguna tórtola en las inmediaciones del sendero:

—¿Llegaremos pronto al sitio ese?

—Antes de diez minutos—respondió Leto.

—Ya estamos casi en la explanadita en que hemos de comer; á poco más de veinte varas á la derecha está lo que buscamos.

—Por supuesto, que traerá usted los dibujos de ello, que le encargué anoche.

—Como lo prometí—respondió Leto seña-

lando uno de los bolsillos de su americana.

—¿Quiere usted enseñármelos?—le preguntó Nieves.

—¿Ahora mismo?...

—Ahora mismo—respondió la sevillana con un mirar que no admitía réplica.

Pasó Leto la tijerilla á la mano izquierda después de haber colocado debajo del mismo brazo la cartera, ó más bien, cartapacio de Nieves, y sacó del bolsillo derecho su álbum de apuntes... Pero en el momento de entregársele á Nieves, se atarugó más que la otra vez, y se puso, no rojo como entonces, sino pálido... ¡Carapel! ¡buena la había hecho! ¡Pícaro memoria y pícaros aceleramientos los suyos! No tuvo otra cosa en la cabeza toda la noche, y al fin se le olvidó hacerlo al echarse el álbum en el bolsillo, de prisa y corriendo; porque ya se iba sin él... ¡Carapel!... Y que ya no había enmienda posible.

Pensando así, entregó el álbum á Nieves, con la forzada abnegación con que se entrega un criminal á la Guardia civil.

—Hágame usted el obsequio de abrirle—la dijo,—porque yo no tengo más que una mano desocupada... Ésta es la tapa de arriba... Así... Yo le diré en qué hojas están esos dibujos.

—Es que pienso verlos todos,—le advirtió Nieves abriendo el álbum como Leto quería.

Y es claro, en cuanto quedaron sueltos los broches, el álbum se abrió solito por las páginas entre las cuales estaba el contrabando que pensaba Leto escamotear al ir pasando las hojas con la mano libre.

La palidez del pobre mozo se trocó en carmín subidísimo.

Nieves le miró entonces con una sonrisilla muy picante.

—Perdone usted—le dijo al mismo tiempo, —si esto tiene algún valor especial... Yo no lo sabía.

—¡Qué ha de tener!—exclamó Leto, sin saber lo que se decía.—Eso es un clavel...

—Ya lo veo—interrumpió Nieves, como si no se enterara de la turbación del otro;—y rojo... y doble.

—Sí, señora: doble y rojo—repitió Leto.—Un clavel doble y rojo que yo tenía en la boca en cierta ocasión, mientras dibujaba... ¿Está usted? Pues bueno: estando así, se le partió el rabillo y se me cayó al suelo; y entonces yo... maquinalmente, le cogí... y, maquinalmente le guardé donde usted le ve; y ahí se ha quedado hasta hoy...

—Muy bien hecho, Leto—dijo Nieves volviendo á mirarle con la misma sonrisita maliciosa.—Eso es lo que debe hacerse siempre con los claveles que se caen de la boca... y no lo

que se hizo con uno que yo recuerdo... Rojo era también y doble, si no me engaña la memoria... y en el suelo se quedó el infeliz... Verdad que no valía la pena de ser guardado, porque la boca de que se había caído era la mía.

Leto, al sentir esta estocada, se estremeció de pies á cabeza y se puso de veinticinco colores; y Nieves, al verle así, soltó la risa con toda su alma.

—Suyo ó ajeno el clavel—le dijo en seguida, —el encontrárame yo aquí ha sido causa de un mal rato para usted. ¡Cuánto lo siento! Volvamos la hoja, si le parece, y veamos los dibujos.

¡Qué dibujos ni qué carapel! ¡Bueno estaba Leto ya para entender en cosa alguna sino en el asunto del clavel que se le había caído á ella de la boca! Por las señales, no solamente había notado Nieves el suceso que tanto le había preocupado á él, sino que le había parecido muy mal, claro: como tenía que parecerle; como que había sido la mayor gansada que podía cometer un hombre acompañando á una señorita. La casualidad le brindaba una ocasión de acreditar que la falta cometida se había reparado en lo posible... Pues ¡carapel! aprovechar esa ocasión sin pérdida de momento... Que este recelo, que el otro, que si podría tomarse la aclaración así ó del otro modo, por este lado ó por el de más allá... Que se tomara,

¡carapel, que se tomara, aunque fuera por el extremo más absurdo: cualquier cosa menos pasar plaza de rocín en el concepto de una mujer como aquélla... ¡Cuidado si tenía picante la alusión que le había hecho!...

Enardecido con el fuego de todas estas reflexiones que le pasaron en un instante por el magín, respondió con gran energía á lo dicho por la sevillana:

—No hay dibujo que valga, Nieves, mientras no quede orillado el punto del clavel que se le cayó á usted de la boca... Hablemos de eso un instante.

Nieves se sorprendió un poco con el arranque de Leto, y le preguntó muy seria:

—¿Pero usted sabe á qué clavel me refería yo... en chanza?

—Sí, señora—respondió Leto impávido y resuelto á todo:—al que se le cayó á usted en el Miradorio, y recogí yo del suelo... para volver á arrojarle; en una palabra... á ese mismo clavel que está usted viendo.

Entonces fué Nieves quien se inmutó, y no poco; pero se repuso al instante y dijo á Leto en el mismo son de broma que antes y cerrando el álbum:

—Pero, hombre, ¿cómo puede ser eso, si el clavel quedó allí y nosotros continuamos andando?...

—Es verdad—respondió Leto sin perder una chispa de su ardimiento;—pero volví yo por él en cuanto me despedí de ustedes en la botica, después del paseo.

Nieves no dijo una palabra, ni mostró señal alguna por donde pudiera notársele la impresión causada en ella por la noticia: con el álbum cerrado, pero sin abrochar, en la mano izquierda, continuaba andando y mirando serenamente hacia adelante. Leto, después de una breve pausa, prosiguió:

—Yo no soy hombre de perfiles galantes; pero á mi manera, sé distinguir de colores; y por saberlo, tan pronto como tiré el clavel conocí que no debía de haberle tirado de aquel modo... ni de otro, por si usted lo había notado... y aunque no lo notara: siempre era una cosa muy mal hecha... El caso es que toda la tarde estuve preocupado con ello... porque, créalo usted, Nieves: un hombre, por despreocupado y modesto que sea, se resigna á pasar por bandolero antes que por ridículo delante de una mujer; y con esta preocupación, en cuanto pude, volví por el clavel: encontréle, y le guardé donde usted le ha hallado ahora, sin otro fin que reparar mi falta en lo posible y tener siempre conmigo la prueba de ello. Yo no soñé con que usted llegara á verla jamás; pero esta mañana, al coger de prisa el álbum, me

olvidé de sacar de él el contrabando, como lo tenía pensado desde anoche; y le juro á usted, á fe de hombre honrado, que no eché de ver el olvido hasta que fuí á entregarle á usted el libro hace un momento. Me dolió un poco la alusión hecha á la inconveniencia mía, y sobre todo el averiguar que usted la había notado; y entre quedar con el sambenito encima y el riesgo de que volviera usted á reirse de mí declarándole la verdad, opté por esto, que resulta menos desairado que lo otro... á mi manera de ver.

—Y ¿por qué había de reirme?—observó Nieves apartando con la contera de su sombrilla cerrada algunas pedrezuelas del suelo que no estorbaban á nadie.

—Por lo que pudiera hallar usted de... inocentada en el caso, es un suponer—respondió Leto con entera sinceridad; y en seguida añadió:—De todas maneras, ahí está el clavel. Si á usted le pesa ó le parece mal que le haya recogido yo, con volver á tirarle en cuanto usted me lo ordene...

—Y ¿por qué ha de pesarme tal cosa, ni he de darle á usted una orden semejante?—exclamó la sevillanita abriendo otra vez el álbum por donde estaba el clavel.—¡Pobrecillo!—añadió contemplándole.—¡Volver á arrojarle al suelo después de haber vivido tantos días en este al-

cázar del Arte!... Además, usted se le ha ganado en buena ley... Conque déjele donde está, si no le estorba, y vamos á ver los dibujos...

Leto, felicitándose por salir tan fácilmente del atolladero en que se había visto, se arrimó más á Nieves; la cual le entregó el clavel aplastado y marchito, para que no se cayera del álbum mientras le hojeaban.

Hojeándole y andando, llegaron al sitio apetecido; y por llegar á él, después de ponderarle mucho Nieves, dijo á Leto:

—Yo no quiero dibujar.

—¡Que no?—exclamó Leto asombrado.—¿Y por qué?

—Porque después de ver lo que he visto en el álbum de usted, se me caería el lápiz de la mano. Dibuje usted solo algo nuevo de aquí, pero en mi *block*... digo, si no abuso...

No hubo modo de reducirla á que dibujara, aunque se unieron á las excitaciones de Leto, las de su padre que había llegado ya con su amigo, cansados de husmear tórtolas en balde.

—Y ¿en qué vas á entretenerte?—la preguntó al fin don Alejandro.

—Por de pronto, en coger florecillas y helechos, que abundan entre estas peñas sombrías. ¡Verás qué guirnaldas y qué ramilletes tan lindos voy á hacer!...

—Vamos, tu manía. Á veces vuelves á casa

hecha una varita de San José. Corriente. Ya tienes tu ramo de helechos y manzanilla atravesado en el pecho, como la banda de una gran cruz, y tu manojito en el pelo, y tu ramillete en la mano. ¿Y después?

—Después, y también antes, de rato en rato, veré lo que va dibujando Leto, y cómo cazan ustedes... hasta que llegue la comida, que de seguro llegará mucho antes de que pueda yo empezar á aburrirme.

Y así sucedió al cabo, para que se cumplieran las profecías de Nieves, y una más, hecha la víspera por don Claudio Fuertes á propósito de las comidas en el campo, á usanza pastoril. Estas comidas en el santo suelo, con música de pajarillos y aromas silvestres, eran, en opinión del comandante, de lo más hermoso... pintadas en un papel; pero gozadas al natural, resultaban un suplicio.

Todos convinieron con el preopinante, mientras buscaban posturas insufribles para llevarse á la boca las viandas en salsa tibia, ó el pan con tábanos, ó el fiambre con correderas. Pero había que hacerse á todo para saber de todo. Por último, ó se estaba en el campo ó no se estaba.

Ello fué que antes de las dos de la tarde, los de Pelechés saboreaban con delicia la frescura de la sombra de los hidalgos paredones; y el

comandante Fuertes y el hijo del boticario bajaban por la Costanilla en busca de las respectivas madrigueras.

Media hora después hallábase Nieves en el saloncillo del Nordeste, contemplando y admirando los dibujos hechos por Leto en el pinar, y confundiendo en sus mientes con esta admiración al talento de su amigo, el análisis minucioso del otro caso, del extraño caso del clavel, que ella había descubierto por una casualidad. Estando á vueltas con estos pensamientos, entró su padre muy diligente, con una carta en la mano y diciendo:

—Óye, oye, Nieves: una buena noticia.

Dejó Nieves lo que hacía y lo que pensaba, y se volvió hacia su padre preguntándole qué noticia era ella.

—Acabo de recibir con el correo de hoy esta carta que es de tu tía Lucrecia. Según me dice la pobre mujer, que continúa engordando sin consuelo, Nachito había salido la antevíspera. Deja para la vuelta la visita á los Estados Unidos, y viene por Inglaterra desde Veracruz. Contando con lo que piensa detenerse en Londres y en París, calcula que podrá estar en Villavieja, digo, en Pelechés, á últimos del mes que viene, de agosto... Nada, canástoles: mañana, como quien dice... Toma la carta: puedes enterarte de ella si quieres...

—¿Para qué?—dijo Nieves inalterable y serena.

—«¡Para qué!...» ¡Otra te pegó!... ¿Para qué se entera uno de las cartas que lee?

—Pues si ya estoy enterada, papá.

—Ya, ya; pero me parecía á mí que, en tales casos, debiera picarnos la curiosidad un poquito más de lo que nos pica... Eso es... Yo no sé qué canástoles me sucede contigo siempre que sale á danzar este punto... No acabo, vamos, de... En fin, que no veo á mi gusto las...

Nieves, que le miraba de hito en hito, viéndole tan apurado se echó á reír y le puso las manos sobre los hombros.

—¿Quieres que me ponga á bailar por la noticia?—le preguntó.—Dime que sí, y ya estoy bailando.

—¡Pataratas!—respondió Bermúdez fingiéndose más contrariado de lo que estaba.—Yo no quiero extremos, Nieves: no quiero otra cosa que lo regular. Á mí se me figuró que la noticia había de alegrarte, y vine corriendo á dártela.

—Y me alegra, papá, y te la agradezco mucho; sólo que yo soy así, vamos, poco aparatosa para expresar lo que siento. No es culpa mía, qué quieres.

—¡Si lo sé, hija, si lo sé!... Pero se me figuraba á mí que, en vista de esta noticia, cuan-

do menos confesarías la razón que tengo para apurarme muchas veces por un asunto que á ti te hace reír: el asunto de *su* gabinete, que continúa á estas fechas á medio arreglar.

—Abajo tiene el que le destina Rufita, bien emperifollado.

—¡Otra vez la broma! Pues mira, Nieves: me carga por ser broma, y por lo de Rufita; ya sabes que tengo atravesada aquí, detrás de la misma nuez, á esa tarasca de los demonios, grosera y sin pizca de educación.

—¡Es posible que lo tomes en serio? ¡Bah! Á mí me incomoda un poco cuando la oigo disparatar... y eso por lo que va conmigo; pero en cuanto la pierdo de vista, te juro que me hace reír... Ríete tú también... Pero ¡ay, Dios mío!... Si Nacho ha salido de Méjico, ya no puede recibir allá la carta que yo pensaba escribirle.

—Naturalmente.

—Yo le debía esa carta desde Sevilla; pero como en Peleches se va el tiempo por la posta... ¡Qué cabeza la mía!... En fin, ya no tiene remedio: le contestaré aquí de palabra; y... ¡quién sabe si así saldremos ganando los dos? ¿No es verdad, papá?

—¡Ah, picaruela, picaruela!—dijo Bermúdez dándole unos golpecitos en la cara con la carta de doña Lucrecia.—¡Si tienes tú más trastienda cuando te conviene!...

Y se fué tan satisfecho. Nieves, con ojos cariñosos, pero que parecían algo compasivos, le vió salir; y en seguida se sentó al piano y comenzó á preluar una melodía de Schubert, que ella sabía de memoria... y Leto también.

En la tertulia de aquel mismo día, el hijo del boticario no estuvo tan en lo suyo como de costumbre: se distraía con frecuencia y parecía que le hormigueaba algo sobre el cuerpo y sobre el espíritu. Cuando entró con su padre, don Alejandro y su amigo el comandante discutían sobre unas noticias políticas que el primero acababa de leer en los periódicos, y Nieves, sentada en el balcón, se adormecía al arrullo de las lejanas rompientes de la mar... Leto, que cabalmente flaqueaba por el lado de la travesura para entretener á las mujeres, y aquella noche mucho más, iba y venía de la sala al balcón y del balcón á la sala, pescando aquí dos palabras y dirigiendo allá otras dos á Nieves que estaba muy poco habladora. En una de sus idas al balcón, después de haber contemplado en la salita maquinalmente el retrato de Nachito, dijo á Nieves, por decirla algo:

—Y es guapo de verdad el primito ese.

Se lo tenía dicho á Nieves en más de diez ocasiones, y en otras tantas le había contestado ella lo mismo que le contestó entonces:

—No está mal así.

—Ya luego vendrá—añadió Leto por primera vez.

—Pregúnteselo usted á Rufita González—contestó Nieves muy seria,—que lo sabrá con exactitud...

¡Carape si la picaba Rufita González en aquel particular! Pero no se dió por tentado de la sospecha, y dijo sencillamente:

—Y ¿por qué lo ha de saber Rufita mejor que usted?

—Porque ya tiene el gabinete preparado... y hasta los dulces para la boda. Aquí sólo sabemos, por carta que se ha recibido hoy, que vendrá á fines de agosto.

—¡Qué pronto!—exclamó Leto dejándose llevar, sin duda alguna, de su natural bondadoso.

Y no se habló más de Nacho. Nuevas idas y venidas de Leto.

En una de ellas, es decir, de las idas al balcón, le preguntó Nieves, en crudo como solía:

—¿Por qué se puso usted colorado en el pinar cuando le pregunté si conocía á las Escritbanas?

Leto se alegró en el alma de que la noche fuera tan obscura como era, porque así no se desvirtuaría la sinceridad de la respuesta con

la sofoquina que le había causado lo extraño de la pregunta.

—Me puse como usted dice—contestó sencillamente,—porque, de un tiempo acá, le ha dado á ese culebrón de fiscal por embromarme con la mayor de las tres, sin maldito el fundamento; y ya sabe usted lo que soy en determinadas apreturas.

—Como coincidió lo de la sofoquina de usted—repuso Nieves abanicándose mucho—con el hallazgo del clavel en el álbum...

Leto soltó una risotada, y en seguida dijo á Nieves:

—Gracias por el favor que usted me hacía.

—Hombre—replicó la sevillana,—sería un gusto como otro cualquiera: para mí todos son respetables. Pero, en fin, más vale que mintieran los síntomas; porque verdaderamente... no era de envidiar el gusto ese... Y á otra cosa: mañana no, porque estaré ocupada en casa; pero pasado mañana ¿podríamos dar otro paseito en el yacht?...

—Ya sabe usted que está enteramente á sus órdenes.

—¡Cómo me gusta eso, Leto!... Cada día más... Pero, hombre, ¿cuándo haremos una escapadita afuera?

—Pues la haremos un día que esté la mar á propósito y no vaya don Alejandro, que tras

de marearse, no tiene los ánimos de usted.

Se quedó en ello y se habló algo de la partida campestre de la mañana y de los dibujos de Leto; hasta que se dió por terminada la tertulia, yéndose á cenar los de casa y á la calle los de fuera.

